

TEATRO

EDUARDO ROVNER

COMPAÑÍA

MAURICIO KARTUN

EL PARTENER

ESTUDIOS PRELIMINARES POR
FRANK DAUSTER Y OSVALDO PELLETTIERI

GIROL Books, Inc.



COLECCIÓN TELÓN

ÍNDICE

Eduardo Rovner	<i>Pretexto y objetivos de Compañía</i>	v
Mauricio Kartun	<i>Sobre el origen de El Partener</i>	vii
Frank Dauster	<i>Eduardo Rovner</i>	ix
Oswaldo Pellettieri	<i>El Partener: un texto cuestionador de la modernidad</i>	xvii
Eduardo Rovner	<i>Compañía</i>	1
Mauricio Kartun	<i>El Partener</i>	35

Pretexto y objetivos de *Compañía*

Eduardo Rovner

El conflicto del que partí, es la imposibilidad de compartir algunas fantasías con los seres más queridos. Esto, en última instancia, es el conflicto entre los deseos del hombre, sus pasiones, y las estructuras culturales que no le permiten expresarlos o que lo obligan a ocultarlos.

Comencé a escribir la obra a partir de una fantasía que me hubiese gustado contarle a mi mujer. Frente a la imposibilidad de hacerlo, puse esta situación en otros personajes y la escribí. (¿Cuántas veces escribimos aquello que no nos atrevemos a hacer?) En el proceso de escritura mismo, fui llevado por la situación misma a extremarla, en función de su teatralidad, y me encontré con escenas que en un principio me resistí a escribir, pero que luego, creyendo que no hacerlo era un acto de cobardía creativa, me animé a desarrollar. (Esto tampoco quiere decir que sea un valiente.)

Estas escenas presentan una violencia que proviene del hecho de que, en nombre de la necesidad de compañía, o de la solidaridad, la defensa de las personas amadas se realiza como si fueran posesiones. La obra termina siendo, entonces, un cuestionamiento, principalmente, a ciertos mandatos e instituciones culturales que provocan en el hombre y la mujer una pérdida de libertad y el desarrollo de sentimientos de propiedad frente al otro. ¿O todo esto será, en parte, natural? No sé.

Otro tema que aparece con la misma violencia y también en nombre de sentimientos loables, es la influencia del doble discurso al que nos tienen acostumbrados muchos de los gobernantes (tanto militares como algunos civiles) los que apelando a «los más altos ideales» pueden llegar a cometer las peores aberraciones.

Además me interesó tratar en esta obra cómo la posibilidad de la pérdida del afecto de un ser querido o la desesperada necesidad de compañía puede transformar a la persona más generosa y, aparentemente, más inofensiva, en alguien capaz de llegar a situaciones límites de violencia con el fin de mantener al otro o de no sentir la humillación, la angustia de ser abandonado y el miedo a la soledad.

Estas situaciones puestas en personajes de más de 50 años, centran las problemáticas que planteo en torno, más que en el deseo sexual, en los conflictos entre sentimientos intensos, como la solidaridad y la necesidad de compañía, por un lado y, por otro, el miedo a la soledad, la sensación de abandono, la pérdida de lo que sentimos como propio.

Seguramente la obra posee también otros objetivos, más allá de los que yo haya intentado darle. Realmente, muchas veces un autor se da cuenta de lo que escribió durante o después que lo hizo y otras recién cuando otro se lo dice.

Sobre el origen de *El partener*

Mauricio Kartun

Tenía sueño. El micro a Gualeguaychú más destartado que de costumbre. Cruzábamos el puente a Brazo Largo. El sol pegaba de mi lado. A veces me pregunto —recuerdo que esa mañana lo hice— «Por qué demonios compro siempre el asiento de la ventanilla?» Si hace frío se cuele el chiflete. El caño de la calefacción te quema los tobillos. Si llueve, gotea. Y siempre al lado alguien que duerme y al que hay que despertar una y diez veces para ir hasta el retrete, para servirse un cáustico vasito de café o sacar un libro del maletero. Y el sol. El sol que siempre pega de mi lado. Saqué sobre la derecha o sobre la izquierda. No hay caso. Siempre me dará en la cara. Atrás había una voz. Un hombre. Acento entrerriano. «Si Dios y la Virgen lo permiten». No paraba de hacer invocaciones. Inquieto el viaje. Fastidioso. Y yo con el compromiso de entregar en unos días un trabajo. Una adaptación de una pieza de Brecht que se me rebelaba, se resistía, desde el día mismo en que confirmé el contrato. Llevaba conmigo el cuaderno de notas y había intentado ya, infructuosamente redondear aunque fuese una idea, un par de parlamentos, algo que me tranquilizara, que me hiciera confiar en que efectivamente la adaptación se terminaría alguna vez. En que, el trabajar por encargo podía tener algún sentido. Pero no. Ni un bocadillo. Saqué, para evadirme en realidad, un libro recién comprado. Una novela de Skármeta, el chileno. Un autor del que siempre supe disfrutar. Ni sospechaba —ingenuo como somos siempre— que en una imagen de sus primeros capítulos estaba el anzuelo. Ese módico explosivo, ese resplandor sorpresivo que suele iluminarnos fugazmente el campo de batalla de la pieza futura. Ese desafío. No sé si fue aquella imagen: —un borracho, un dúo de varieté, alguien que vuelve—, o ese deseo irreprimible de escribir *otra* cosa que me gana siempre que tengo que escribir *una* cosa, pero diez minutos después había encontrado a mis personajes, y tenía una imagen de rara nitidez sobre el ámbito de la pieza.

Nunca escribí, claro, aquella adaptación de Brecht.

Desde ese deseo, desde esa necesidad y ese azar concebí «El partener». De ese viaje a Entre Ríos salió su espíritu criollo. Campana, la ciudad en la que transcurre, estaba a la vista desde lo alto del puente. Ese pasajero del asiento de atrás —a quien nunca vi la cara— le dio su voz a Pachequito. Por esos campos inundados, por esos esteros, imaginé aquel viaje de su última gira. De Urdinarráin, un pueblito cercano, la imagen del abandono de Carmen.

Creo que la estética es el lugar donde de manera más obscena exhibimos los creadores los signos de nuestra identidad. Un lugar muy delator, buchón. Allí aparecen condensados todos los elementos que hacen al artista mismo: sus ideas, sus rollos, sus influencias. En pocas obras me he visto tan en exposición como en ésta. *El partener* está hecho de cosas que me conmueven hasta el alma: las profesoras de folclore. Las peñas semanales. Un padre y un hijo varón, solos. Los artistas de cantina. Algunos pueblos de Buenos Aires. Construido, entre otras cosas, desde la emoción que desde siempre me han producido los versos gauchescos. Esas ganas de llorar contradictorias, vergonzantes, que siempre me agarran con los recitados de Fernando Ochoa: «Yo fui m'hijo el que maté...a su madre, disgraciada, porque en la cama abrazada con otro hombre la encontré. —Hizo bien tata querido gritó el hijo sin encono. Venga viejo lo perdono por lo tanto que ha sufrido, pero aura tata le pido que no la maldiga más y si fue mala y audaz, por mí perdónela padre, que una madre siempre es madre... déjela que duerma en paz...». De eso está hecho *El partener*. De esos retazos. De esos jirones del imaginario. De mis discos de pasta, y la ropa vieja que me gusta usar hasta los flecos. Las fotos blanco y negro, y los álbumes de canciones. Del murmullo tristón de la radio portátil en la madrugada. De esas imágenes, bah, —irremediamente melancólicas— con las que fantaseamos los artistas retener alguna vez el pasado.